

PÁJAROS JUSTICIEROS

Cuando era pequeño me gustaba dibujar. Con cada trazo que hacía me sentía feliz, creía que iba a ser un gran artista de mayor y me esforzaba por mejorar. También me gustaba bailar, sentía que cada movimiento, cada giro que hacía con mis pequeños pies me hacían libre. Me gustaba imaginar que las cosas más imposibles en el mundo se podían llegar a hacer realidad. Me divertía corriendo, intentando alcanzar a los pájaros que volaban por encima de mí, pensando que algún día yo volaría con ellos. En mi rostro siempre aparecía una sonrisa que dejaba ver mis dientecillos aun a mitad de crecimiento. Ahora, ya no queda ni rastro de aquella mente tan inocente.

Mis padres decidieron llamarme como mi abuelo paterno. Actualmente soy un tipo de mediana edad y mis aficiones son pocas: me gusta leer clásicos y tocar el piano; sentir los sonidos que produce cuando mis manos robustas tocan sus delicadas teclas. No estoy casado, tampoco tengo hijos. Nunca tuve la iniciativa de querer formar una familia. Mi desunión familiar me llevó a centrarme duramente en los estudios para crecer profesionalmente y lograr un gran objetivo personal. Físicamente me parezco mucho a mi madre.

A veces pienso en ella, en cómo estará... si habrá cambiado mucho desde entonces. Todas las noches me acuerdo del día que se la llevaron. Mi padre nos abandonó cuando yo tan solo tenía 4 años y quién sabe dónde estará ahora. Al irse, mi madre se fue quedando sin dinero. No conseguía un sueldo lo suficientemente alto como para poder mantenernos a mi hermana Lena y a mí. Una noche, la policía se presentó en casa. Mi madre nos dijo que sólo tardaría un par de horas, que volvería pronto... pero no fue así, ella no regresó. Con el paso del tiempo lo supe, había estado traficando con drogas.

Al ser ya mayores de edad, nos quedamos solos en casa, de lo contrario nos hubieran llevado a un centro de acogida o a un orfanato. A los pocos meses mi hermana decidió irse a vivir con mi tía Sophie a Londres. Me dijo que fuera con ella, que no quería dejarme solo aquí, pero me negué a acompañarla. Me independicé y empecé a dar clases de inglés para poder pagarme la universidad. Estudié mucho y conseguí sacarme una carrera.

Mi madre puede estar muy orgullosa de mí. Siempre me decía que aunque ella no había podido estudiar, quería que yo pudiera hacerlo, que pudiera llegar lejos y que haría lo imposible por conseguir dinero para ayudarme a ello.

Me sentía muy solo. Mantenía pequeñas amistades con algunos compañeros de clase, pero nada en especial. No tenía a nadie... ni a mi padre, ni a mi madre, ni a mi hermana. No pude soportarlo más y fui a verla a la cárcel... no se lo esperaba. Habían pasado 2 años desde su detención. Sus lágrimas al verme bañaron su rostro y de sus labios brotaron mil perdones que arrugaron mi corazón por no poder abrazarla y consolarla, un dichoso cristal me separaba de ella. Me dolía mucho verla así, nunca quise saber demasiado sobre su segundo trabajo que la metió entre rejas, buscaba una forma de conseguir más dinero y esa fue una solución fácil. Ese día me hice una promesa.

Después de ese encuentro mi cabeza me traicionaba cada noche con su imagen frágil y débil, que quedo grabada en mi mente rememorando los años pasados vividos junto a ella, en los que luché valientemente por qué no nos faltara de nada. Era un gran ejemplo para mí.

No he sido pintor, como le hubiera gustado a mi yo de la infancia. He dejado de perseguir a los pájaros como me gustaba hacer. He abandonado mis dotes de bailarín y ya no muestro siempre una sonrisa en mi cara, pero conservo ese pensamiento donde sé que lo imposible, con esfuerzo, se puede cumplir.

Me llamo Mark, soy abogado y me queda un último juicio para sacar a mi madre de la cárcel.

